

FELIPE URIBE ARMIJO

Yudochica



Yudochica

Yudochica

© Felipe Uribe Armijo.

© Loba Ediciones Ltda.

Nueva Tajamar 481, Oficina 1403, Torre Sur
Las Condes, Santiago de Chile.

Teléfono: (56 2)32109829

www.lobaediciones.cl

Diseño y diagramación: Carolina E. Varela

Ilustraciones: Jocelyn Alburquenque

Registro de propiedad intelectual: N° 272.771

ISBN: 978-956-7388-06-6

Primera edición: mayo de 2018

Impresión: Dimacofi Negocios Avanzados S. A.

Impreso en Chile/ *Printed in Chile*

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

FELIPE URIBE ARMIJO

Yudochica



Para mis amadas Belén y Fernanda,
que me llenan de ganas de ser valiente.

Hace unos años mi mamá me contó la historia del niño que había decidido no hacer nada... nunca más.

—¿Nunca más? —pregunté con mis ojos redondos y brillantes como dos monedas.

Ella me iba a responder, pero le vino una tos bastante fea.

Cuando se recuperó, me sonrió y dijo: —Nunca más.

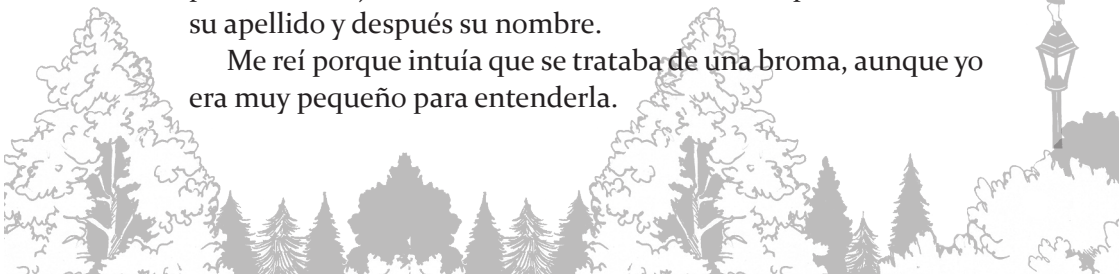
—Tú no haces nada —le dije—. Desde antes de navidad que estás todo el día aquí acostada.

—Eso es distinto, mi amor. Yo no me levanto a causa de que estoy enferma, pero este niño no se levantó más de su cama porque no quería, porque había decidido ser flojo.

—¿Y cómo se llamaba?

—Oso Pérez. Claro que los que lo conocían, para molestarlo por ser tan flojo, comenzaron a llamarlo al revés: primero decían su apellido y después su nombre.

Me reí porque intuía que se trataba de una broma, aunque yo era muy pequeño para entenderla.



—¡Pero, mamá, nadie se llama Oso! ¡Oso es un animal, no un nombre para una persona!

—Da igual, mi amor, lo que importa es que este niño no se bañaba, no se cortaba las uñas, ni iba al colegio...

—¡Pero veía televisión!

—Llegó un momento en que no pudo ver televisión, porque no quería ir al peluquero y su enorme cabellera le tapaba los ojos.

—¿Pero al menos podía jugar con sus videojuegos? —Para mí esta era una pregunta muy importante, porque yo amaba los videojuegos.

—Uf, tampoco; se le hubiesen cansado los dedos. Además, no habría podido porque, al tener medio metro de uña en cada dedo, se había vuelto muy torpe con las manos.

Yo, sentado al borde de su cama, la miraba creyéndole a medias o, mejor dicho, la miraba sin creerle nada, pero a la vez sin el deseo de pensar que mi mamá era una mentirosa.

—¿Y qué pasó con él?

—Se murió.

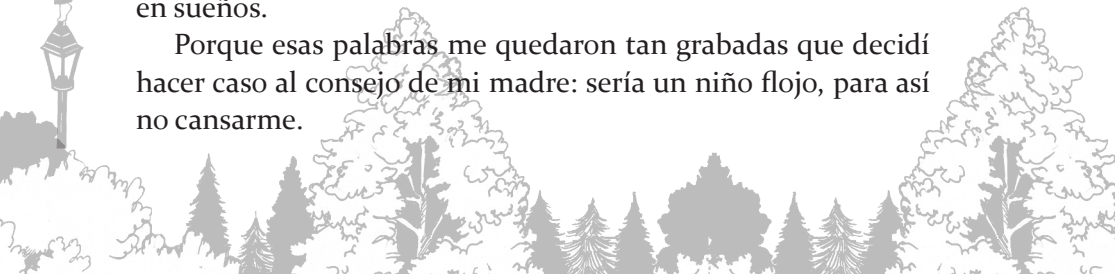
Me reí. Tal vez lo hice debido a que en ese tiempo no sabía bien lo que era la muerte; en los dibujos animados los personajes volvían a vivir después de que les estallaba una bomba encima, y en mi familia se hablaba de los parientes muertos como si aún existieran y sólo estuvieran lejos, de viaje en un lugar remoto donde no había teléfonos.

—¿Pero por qué se murió?

—De aburrimiento, Brunito. Quiero que nunca olvides que ser flojo es muy aburrido, y que hacer cosas entretenidas siempre cansa. Algún día entenderás lo que te digo.

Supongo que mi mamá me dijo otras frases antes de morir-se, pero yo no las recuerdo. Lo que recuerdo con claridad es esa conversación, la que volvería a mi mente una y otra vez, hasta en sueños.

Porque esas palabras me quedaron tan grabadas que decidí hacer caso al consejo de mi madre: sería un niño flojo, para así no cansarme.



La verdad era que yo había entendido todo al revés, pero esto sólo lo supe mucho más adelante, cuando conocí a Yudochica.

